



Entrega de la Cruz de los Jóvenes a la Diócesis de Ciudad Rodrigo

“Zaqueo, baja enseguida, porque hoy tengo que alojarme en tu casa”.

Zaqueo tenía curiosidad por ver a Jesús; habría oído hablar de él; de su anuncio del reino de Dios y de sus milagros; incluso pudo conocer personalmente al ciego de Jericó, su paisano curado por Jesús. Zaqueo tenía, por su oficio de recaudador de impuestos, una colaboración con la autoridad romana, que le hacía despreciable para los celosos judíos que anhelaban la llegada del nuevo reino de David; era considerado como un pecador público. Tal vez por ello, se sentiría atraído por la fama de Jesús, que se presentaba como enviado a sanar las ovejas descarriadas de Israel.

Pero no es probable que Zaqueo sospechara lo que aquella venida de Jesús a Jericó iba significar para él. ¿Quién era él para que Jesús quisiera hospedarse en su casa? Acostumbrado al desprecio público, ¿cómo iba a pensar que Jesús se arriesgara a quedar mal una vez más ante los oficialmente buenos por buscar su amistad? Pero el amor de Jesús superó de nuevo las barreras. Y el amor de Jesús hacia Zaqueo, el tenerle en consideración e incluso rebajarse a pedirle casa, alimento y amistad, cambió la vida de quien hasta entonces había puesto su corazón en el dinero.

No sabemos qué grado de insatisfacción tenía Zaqueo con su propia vida; no podemos, sin embargo, excluirlo. Para afirmarlo, nos basamos en el contraste que Zaqueo representa en relación con el joven rico, bueno oficialmente y religioso, que aspiraba a la perfección en el cumplimiento de la ley. Este joven tenía interiorizada su bondad fundamental, que consideraba compatible con la posesión de gran riqueza; no tenía conciencia de pecado, ¿por qué iba a convertirse? Así que prefirió su riqueza a la mirada de amor de Jesús y a la invitación a seguirle. En Zaqueo, en cambio, la amistad ofrecida por Jesús tuvo acogida; probablemente sentía necesidad de dar a su vida otro contenido.

El hecho cierto es que con Jesús entró la salvación en casa de Zaqueo. Jesús le cambió el corazón y la vida; Jesús le ganó para la justicia y el amor al prójimo.

Y este Jesús, ¿no podrá cambiar hoy nuestro corazón? ¿No va a ser capaz de traer la salvación a nuestra casa?

Querido hermano Atilano, Obispo de Ciudad Rodrigo, queridos sacerdotes, jóvenes y pueblo fiel de nuestras diócesis hermanas.



Estamos convocados por Dios Padre en este entrañable Santuario de la Virgen de la Peña de Francia en torno a la Cruz gloriosa de su Hijo.

De forma especial debéis sentir os hoy atraídos hacia la Cruz de Jesús vosotros, los jóvenes de las diócesis de Salamanca y Ciudad Rodrigo, que vais a alentar os unos a otros en la fe y en el seguimiento de Jesús, entregando y recibiendo la Cruz de los Jóvenes. Él Señor os recuerda: “Quien quiera ser discípulo mío, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz y me siga” (). Pero no temáis, el mismo Jesús os asegura que su cruz será una carga ligera y las obligaciones de su seguimiento serán suaves, si las asumís con el mismo amor y libertad con que él llevó a cabo la misión recibida del Padre. Más aún, Jesús os asegura que seréis felices llevando su cruz.

Ante el contraste de esta enseñanza con el sentir más general en el ambiente de nuestros días, nos preguntamos: ¿Cómo es posible comprender y vivir esto?

Estamos, queridos jóvenes, metidos de lleno en la paradoja de la cruz de Cristo, que es un escándalo para los judíos y necedad para los griegos, pero que es, para nosotros los creyentes, fuerza de Dios y sabiduría de Dios.

La luz y el amor necesarios para resolver con madurez de fe estas paradojas os serán dadas si las buscáis en el diálogo de corazón a corazón con el que os espera en la cruz con su corazón traspasado.

En la escuela de la Cruz adquiriréis con más facilidad la experiencia del amor de Dios, que progresivamente fueron aprendiendo los sabios del Antiguo Testamento. Así, os alegraréis al confesar con ellos la fe en un Dios amigo de los hombres, que muestra su omnipotencia con la compasión; que con amor de Padre corrige a los que caen y les recuerda su pecado, para que se arrepientan y tengan vida creyendo en Él.

En la misma escuela del crucificado aprendió Pablo la sabiduría del Evangelio que anunció de palabra y transmitió en sus cartas a las comunidades cristianas. Hoy hemos recibido un eco de su experiencia de Cristo en el breve texto de la segunda carta a los Tesalonicenses: *“Pedimos continuamente a Dios que os considere dignos de vuestra vocación, para que con su fuerza os permita cumplir buenos deseos y la tarea de la fe; para que así Jesús, nuestro Señor, sea glorificado en vosotros, y vosotros en él, según la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo”* (2 Tes 1, 11-12).

En este texto nos conviene comprender sobre todo: **¿En que consiste la gloria de Cristo en nosotros? Y ¿que significa nuestra glorificación en Cristo?**

La gloria de Cristo es su condición de Hijo de Dios, igual a Padre, y también la cruz a través de la cual el Padre le ha exaltado y le ha dado un nombre sobre todo nombre. La gloria de Cristo es su obediencia fiel al amor del Padre, que le llevó a



entregar libremente su vida por nosotros en la Cruz, es decir, su amor hasta el extremo de dar su vida por sus amigos.

La gloria de Cristo en nosotros es la vida divina que nos regala con el don del Espíritu Santo, es decir, que Cristo viva en nosotros. La gloria de Cristo en nosotros es la vida nueva en el Espíritu como hijos de Dios.

Nuestra gloria en Cristo es alcanzar en comunión con él la perfección y felicidad de nuestra existencia humana: la perfección de nuestro amor, de nuestra libertad y de nuestra esperanza, anhelando únicamente seguirle con fidelidad en esta vida, compartiendo con gozo sus padecimientos, con la certeza de llegar a participar en su gloria eterna.

En la meditación asidua del misterio de la Cruz recibimos la gracia de llevar a cabo de forma continua y progresiva este fascinante proyecto de vida: que Cristo sea glorificado en nosotros y nosotros en Él. Este proyecto de vida encuentra su fuente de realización en los sacramentos de la penitencia y de la eucaristía y se manifiesta a diario en el servicio a Jesús en los pobres y enfermos y en los hermanos que necesitan nuestra ayuda. Y tened presente que el proceso de nuestra vida en Cristo tiene que dejar abierta siempre la posibilidad de la pregunta por la vocación a seguirle en el sacerdocio y en la vida consagrada.

Responded al amor que Jesús os ha mostrado en la Cruz asumiendo gozosos el compromiso de participar en el proceso de preparación de la Jornada Mundial de la Juventud. Y ante la Cruz de los Jóvenes, ante vuestra cruz, recordad este precioso párrafo del Mensaje de Benedicto XVI: “Queridos amigos, la cruz a menudo nos da miedo, porque parece ser la negación de la vida. En realidad; es lo contrario. Es el “sí” de Dios al hombre, la expresión máxima de su amor y la fuente de donde mana la vida eterna. De hecho, del corazón de Jesús abierto en la cruz ha brotado la vida divina, siempre disponible para quien acepta mirar al Crucificado. Por eso, quiero invitaros a acoger la cruz de Jesús, signo del amor de Dios, como fuente de vida nueva. Sin Cristo, muerto y resucitado, no hay salvación. Sólo Él puede liberar al mundo del mal y hacer crecer el Reino de la justicia, la paz y el amor, al que todos aspiramos.”

Santuario de la Peña de Francia, 31 de octubre de 2010